

CONSPIRACIÓN EN BIZANCIO

Hilario Gómez



Editado por

ISBN: 978-84-96554-77-1

Antequera, 2

28041 Madrid

www.equiposirius.com

info@equiposirius.com

Nota preliminar

Estimado lector: Aunque no hay un completo acuerdo entre los historiadores, se considera que los orígenes del Imperio bizantino hay que buscarlos en las profundas reformas que los emperadores Diocleciano y Constantino acometieron a finales del siglo III y principios del IV después de Cristo para tratar de dar al Imperio romano la estabilidad y seguridad perdidas a lo largo de la centuria anterior. El nuevo Imperio se caracterizaba ahora por el absolutismo imperial, la centralización administrativa y la sacralización de la figura de un emperador mayestático y distante. La fundación en el 330 d.C. de la nueva capital, Constantinopla, una ciudad a caballo entre Asia y Europa, entre el mar Negro y el Egeo, la progresiva cristianización del mundo romano, la mayor prosperidad de las provincias orientales frente a la creciente decadencia de las occidentales y la definitiva división del Imperio romano en dos entidades políticas diferenciadas

a finales del siglo IV, fueron hitos en un proceso de transformación que desembocó en el nacimiento de un peculiar producto histórico, fruto de una afortunada fusión de romanidad, helenismo, cristianismo y elementos orientales: el Imperio bizantino. A lo largo de los siglos, Bizancio conoció períodos de esplendor y de decadencia. Bajo Justiniano, en la primera mitad del siglo VI, el Imperio romano de Oriente se sintió lo suficientemente fuerte como para lanzarse a la reconquista de las provincias occidentales ocupadas por los bárbaros. Bajo la dirección de grandes generales como Belisario y Narsés, el norte de África, Sicilia, Italia, Dalmacia y el sur de Hispania volvieron a la soberanía romana y el Mediterráneo se convirtió de nuevo en un lago romano.

Pero el coste de la reconquista, las epidemias, las guerras contra Persia, las invasiones bárbaras y las disputas teológicas debilitaron a Bizancio y lo llevaron al borde del precipicio; sólo en el último momento, como ocurriría otras muchas veces en su milenaria historia, lograría salvarse de la mano

de gobernantes eficientes y decididos. Así, a pesar de perder Siria, Palestina, Egipto y Cartago a manos de los árabes, de retroceder en Italia frente a los lombardos y en los Balcanes frente a eslavos, ávaros y búlgaros y de debatirse en nuevas querellas doctrinales, Bizancio resistió, se transformó y, como el ave Fénix, renació. Hasta la segunda mitad del siglo XI, ningún estado, ni cristiano ni musulmán, pudo competir con el Imperio. E incluso después, tras la marea turca, Bizancio se mantuvo en pie y continuó resplandeciendo hasta que su energía, finalmente, se agotó y cayó.

Sirvan, pues, los párrafos precedentes para ponerte en antecedentes la época en la que se desarrolla este relato, ambientado en las tierras del Imperio romano de Oriente en los últimos meses del reinado de Constantino VII Porfirogénito (913-959), el más cultivado de los emperadores de la dinastía macedónica, defensor y promotor de las artes y las letras. Bizancio, fuerte y lleno de energía, avanza victorioso en Oriente, donde el antes esplendoroso califato

abasí de Bagdad se ha fragmentado en diversos principados independientes. Lo mismo ha ocurrido en Occidente, donde el Imperio carolingio ha terminado dividido en varios reinos feudales; el más fuerte de ellos, el Reino franco Oriental, pronto se convertirá en el Sacro Imperio romano-germánico. Mientras, algo más al sur, en tierras de al-Andalus, el califato de Córdoba brilla con luz propia y compite en esplendor con Constantinopla.

Pero no todo es gloria y magnificencia en la capital del Imperio. Bajo los oropeles de la corte se esconden con frecuencia la traición y el crimen...

Prólogo

Cartas y recuerdos



α

Martes, 15 de abril, tercera indicción.

Año 6498 de la Creación (990 d.C.)

Decimocuarto año del reinado de Basilio II

Villa de Manuel Kolastés, a cinco millas al norte
de Atalia

Provincia de Kibyrroetes (Asia Menor)

CUANDO UNO ES VIEJO y ya no tiene demasiado que esperar de la vida, cualquier alegre acontecimiento que rompa la rutina puede convertirse en la excusa perfecta para montar un pequeño festín. La vida siempre merece ser vivida, aunque con moderación, pues, a estas alturas, uno ya no está para demasiados excesos. Con la barba rala, el cuello grasiento, el vientre hinchado, la cabeza pelada, la mirada hundida, el paso torpe y las manos temblorosas, ¡quién se reconoce en las locuras de la juventud! ¡Cuán lejanos parecen ya los recuerdos de las aventuras vividas, de la sangre derramada, de los amigos perdidos, de las mujeres amadas! Ahora, en el ocaso de tus días, ver madurar las mieses, medrar los campos, conversar sosegadamente con tus viejos amigos, pasear por el jardín de la mano de tu esposa, ver crecer a tus nietos y prosperar a tus hijos... ¿Acaso no es más que suficiente? Tan sólo precisas alguna pequeña chispa de excitación de vez en cuando.

Eso va a ser para nosotros la celebración de la Pascua el próximo domingo, en compañía de mi hijo Teodoro y su familia. Sus deberes como navarca le obligan a pasar mucho tiempo fuera de Constantinopla, realizando maniobras navales o inspeccionando las bases de la marina imperial y de las flotas provinciales. Ha sido una de esas misiones la que le ha traído a Kibyrronetes en estas fechas y ello le ha permitido venir a visitar a sus ancianos padres. Cuando ayer recibimos la noticia de que la galera de Teodoro acababa de amarrar en el puerto militar de Atalia y que con él venían su esposa Eudoxia y sus hijos, mi querida Sofía casi se volvió loca de alegría. ¡Hacía tanto que no los veíamos! La pobre está encantada con sus dos nietos, que andan todo el día de un lado para otro, poniéndolo todo patas arriba y volviendo medio locos a los criados. Mi mujer parece haberse quitado unos cuantos años de encima: sus ojos han vuelto a iluminarse y el color ha retornado a sus mejillas.

Es una pena que la distancia nos impida encontrarnos más a menudo con nuestros hijos, pero así es la vida; el Imperio es demasiado grande y el correo demasiado lento para poder dar satisfacción a los anhelos de dos ancianos. Pero al menos nos queda el consuelo de saber que hemos cumplido con nuestro deber de padres y que dejamos a nuestros hijos en buena situación. Helena —que nos escribe de vez en cuando desde la lejana Trebisonda donde su marido, el protoespartario Cosmas, ejerce como turmarca del estratega de Caldia—, parece la mujer más feliz del mundo; no debe ser de otra manera, pues en su última carta nos anuncia un nuevo embarazo, ¡el quinto! En cuanto a Pedro, su juventud parece haberle proporcionado la energía y la determinación necesarias para convertir el pequeño astillero heredado de su tío-abuelo materno en uno de los más importantes de Tesalónica. Lo último que hemos sabido es que él y su joven esposa estaban en Constantinopla por asuntos de

negocios. Ahora esperamos ansiosos su próxima carta.

Claro que nuestra familia no está formada sólo por nuestros hijos y parientes directos. ¿Acaso Artemio no se ha ganado el derecho a formar parte de ella? Ya esclavo, ya manumitido, siempre ha estado con nosotros y ha compartido conmigo momentos de placer y de peligro. Ahora, en la madurez, en compañía de sus hijos y de su amada Constancia, administra nuestras posesiones en Nicea con tan buen sentido que Sofía y yo hemos decidido que lo mejor es que él las herede cuando pasemos a mejor vida.

Sí, lo hemos hecho bien y creo que nos hemos ganado el derecho a gozar de una vejez apacible. Lástima que las continuas guerras contra los búlgaros impidan a los romanos disfrutar tranquilos de la prosperidad de su Imperio. Está visto que Dios quiere seguir poniendo a prueba la fe de su pueblo.

He aprovechado que Teodoro está aquí para ponerme un poco al corriente de la marcha de la guerra. Lo malo de vivir en provincias es que las

noticias suelen llegar tarde y de forma fragmentaria. Por eso, uno de mis pasatiempos favoritos es bajar de vez en cuando hasta Atalia y dejarme caer por el puerto para ver qué nuevas han llegado con los mercantes y las galeras que allí arriban. Lo menos que puede pedírsele a un anthypatos, por anciano y respetable que sea, es que esté mínimamente informado de la marcha del mundo.

¡Los búlgaros! Parece que los romanos estaremos condenados a guerrear para siempre con estas bárbaras gentes, por muy cristianas que sean. Ni siquiera nuestros viejos enemigos – los musulmanes– resultan tan peligrosos, porque mientras que con estos últimos la guerra tiene lugar en las lejanas fronteras de oriente, con los escitas hay que luchar a las puertas de casa, en Grecia, en Iliria, en Tracia... Por fortuna las murallas de Constantinopla son un obstáculo demasiado formidable para las ambiciones de su rey Samuel. Cada vez está más claro que trata de revivir los triunfos del gran Simeón y sospecho que incluso tiene la vana esperanza de

conquistar el Imperio y convertirse en autócrata de romanos y búlgaros. Lamentablemente para él, sus deseos no coinciden con los de la Romania, ni con los de nuestros santos emperadores.

Sin embargo, las noticias que habían llegado hasta nosotros durante esta primavera eran muy poco tranquilizadoras; durante las recientes turbulencias internas del Imperio, los búlgaros habían recuperado el terreno perdido años atrás frente al emperador Juan y avanzado hacia Tesalónica, lo que había obligado al emperador Basilio a acudir en persona allí para organizar su defensa frente al invasor. Y como Pedro y su familia viven en esa ciudad, Sofía y yo hemos estado muy preocupados, hasta que hemos sabido que se encontraban a salvo en la capital.

Según me contó Teodoro durante la cena, los combates y las escaramuzas en Iliria y Macedonia son constantes y cruentos, pero las armas romanas, bajo la dirección del propio emperador y del jefe de los ejércitos de occidente, el Doméstico Nicéforo Uranos, han

logrado estabilizar la situación y asestar serios reveses al enemigo, conjurando la amenaza que pesaba sobre la segunda ciudad del Imperio, poblada por más de sesenta mil almas.

Ahora, los esfuerzos militares se centrarán en asegurar la región en torno a Tesalónica y en recuperar Beroea, la plaza que defiende el acceso a la ciudad desde el oeste y que los búlgaros tomaron tiempo atrás. Sin embargo, parece que ese es un objetivo que llevará su tiempo, pues el enemigo se ha hecho fuerte en ésta y otras zonas.

—Como sabes, padre, los búlgaros son excelentes soldados —me recordó Teodoro han sabido aprovechar bien las lecciones que tantos años de guerra les han brindado. Su caballería, pese a ser pequeña en número, está muy bien equipada y entrenada, si bien el grueso de sus fuerzas lo sigue componiendo la infantería. Pero ésta no puede competir, hombre por hombre, con nuestra infantería pesada o con nuestros mercenarios rusos. Sin embargo, su gran ventaja es el conocimiento del terreno. Y, como tú me

enseñaste, el que controla los desfiladeros y las quebradas, domina la batalla.

—Parece que la guerra será larga y difícil — comenté.

Teodoro asintió y bebió de su copa.

—Sí, más de lo que la gente cree. Nos enfrentamos a un pueblo orgulloso y lleno de energía, de lo contrario no habrían podido reconstruir con tanta rapidez su reino. Pero, por fortuna, el Imperio es fuerte. Al final, con la ayuda del Todopoderoso, lograremos someterlos y veremos desfilar a Samuel y a los suyos por la Mesé, la avenida principal de la ciudad, camino del Hipódromo, para postrarse a los pies del emperador.

Traté de imaginarme la escena por un momento. La capital engalanada bajo un cielo azul, las avenidas cubiertas de pétalos de flores, los soldados vistiendo resplandecientes armaduras, el enemigo humillado y encadenado, arrastrando su desgracia por las calles de Constantinopla, entre los insultos del populacho y los vítores a las tropas triunfantes, las trompetas y los



δ

Martes, 26 de abril

ESTANCIA PEQUEÑA PERO AGRADABLE, el dormitorio de Nicetas veía acentuada la brillante policromía de sus paredes con la luz que penetraba por la ventana. Un grueso cortinaje, recogido en ese momento, dividía en dos partes la habitación, separando la cama del resto del cuarto. En el lecho seguía

tendido el cuerpo de la chica estrangulada, cuya desnudez había cubierto con su capa un guardia pudoroso. Junto a la cama había un par de baúles, que guardaban diversas piezas de ajuar y la ropa del copista. Sobre la pared del fondo, un viejo armario contenía un poco de todo, desde lamparillas de aceite a material de escritura, pasando por libros de cuentas y contratos mercantiles, documentación que Esteban ordenó incautar para un posterior estudio en profundidad.

Había sido en la parte inferior del armario, bajo unas viejas mantas, donde los guardias encontraron el cofre con el dinero y las joyas. No era un escondite demasiado bueno, pero el caso es que los asaltantes no parecían haber dado con él. Los objetos hallados eran muy valiosos y de bella factura. Además de los brazaletes y anillos de oro y plata, de la arqueta recubierta de placas de marfil y de las tres túnicas de seda, destacaba un hermoso crucifijo de oro recubierto de esmaltes, perlas y esmeraldas; era un objeto más propio del ajuar

de un rey que del de un simple amanuense. Tenía que ser carísimo 43 y casi con seguridad salido de los talleres de orfebrería del Palacio Imperial. La pregunta era, ¿qué hacía semejante joya en la casa de un copista?

Esteban contemplaba desconcertado aquel valioso tesoro que los guardias habían dispuesto sobre el suelo de la habitación. —Tienes razón, Manuel. El sueldo de un copista imperial no da para tanto. —Tal vez sea una herencia familiar. —O quizás apostaba en el Hipódromo —sugirió Nicodemo. —¡Bah! En estos momentos el origen de estas riquezas es lo de menos —aseguró Esteban—. Ya nos enteraremos más adelante. Lo más importante ahora es saber qué era lo que estaban buscando en realidad los asaltantes y por qué actuaron con tanta violencia. Es evidente que el dinero y las joyas no les interesaban demasiado; en caso contrario habrían registrado todos los rincones de la casa hasta dar con todo ésto. Pero los mayores destrozos se limitan a la biblioteca. Parece ser

que lo que buscaban estaba allí; o, al menos, eso creían.

—¿Y la chica? —pregunté, señalando el cuerpo tendido sobre la cama— ¿Crees que ella y Nicetas mantenían relaciones íntimas?

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto! No me cabe ninguna duda al respecto —Esteban se dirigió hacia la cama y destapó el cadáver—. Supongo que sería una sirvienta, quizás una esclava. Mirad. No va maquillada, sus manos están poco cuidadas y ahí están esos pies algo maltratados. Desde luego no era ninguna cortesana, pero sí una criada joven y bonita que calentaba el lecho de su señor por las noches. Tal y como yo me lo imagino, amigos, los asesinos llamaron a la puerta de la casa y mataron al portero de inmediato, como ya os he contado, para evitar que alertase a los demás. Luego eliminaron a la cocinera y al otro criado, que debían estar recogiendo los restos de la cena. Una vez se aseguraron que en el piso inferior no quedaba nadie vivo, subieron con sigilo al piso superior y sorprendieron a Nicetas y a la chica en la cama. Cogieron al copista y le

arrastraron hasta la biblioteca, donde le torturaron de forma brutal y luego le mataron, mientras uno o varios de esos canallas se divertían un rato con la muchacha, a la que terminaron asesinando también. Antes, durante o después de estos hechos, pusieron patas arriba la biblioteca y sólo Dios sabe si encontraron lo que buscaban.

—¿Qué piensas que podía ser?

—No lo sé —confesó Esteban, mientras volvía a cubrir el cuerpo de la joven. Quizás encontremos algún indicio en la biblioteca. Mejor será que bajemos y echemos otro vistazo.

* * * *

—Exactamente, ¿qué estamos buscando? — Preguntó, desconcertado, Nicodemo.

—Cualquier cosa que nos llame la atención — respondió Esteban mientras se inclinaba sobre el cadáver de Nicetas—. Puede ser el fragmento de un rollo de pergamino, un texto a medio copiar, un pedazo de madera o de metal..., no lo sé.

Nicodemo y yo nos encogimos de hombros y comenzamos a poner algo de orden en la biblioteca. Se trataba de una estancia no muy grande, pero sí bien aprovechada, en la que librerías atestadas de hojas y rollos de pergamino cubrían las paredes. Había allí algunos libros interesantes, como un evangelario escrito en minúsculas muy claras y decorado con sumo gusto, o un voluminoso códice que resultó ser un excelente ejemplar de La guerra de los Godos de Procopio. Pero la mayoría de los pergaminos eran cuadernos de trabajo del copista que contenían ejercicios de caligrafía, composición y dibujo, así como fragmentos de las obras de decenas de autores antiguos y modernos. Supusimos que nuestro hombre conseguía algunos ingresos suplementarios copiando libros por encargo en su tiempo libre, como suele ser habitual en su gremio. Pero ahora su atril de trabajo yacía destrozado en el suelo; los asaltantes se habían comportado como unas auténticas bestias y la biblioteca presentaba un aspecto lamentable.

Claro que era aún peor el estado del cuerpo de Nicetas. El copista había sido torturado sin miramientos. Al pobre hombre le habían roto las manos y algunos dedos, además de deshacerle la cara a golpes. Después, cuando consiguieron hacerle hablar, o cuando se cansaron de jugar con él, le degollaron. Por cierto, la herida de la garganta era muy similar a la que presentaba el cuerpo del viejo del patio: pequeña, limpia y precisa. Esteban opinaba que ambas muertes eran obra de la misma persona. Desde luego, aquel individuo, fuera quien fuera, era todo un profesional.

Fue al recoger uno de los libros desperdigados por el suelo cuando reparé en un pequeño objeto que había ido a parar bajo las patas de un escabel.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? —exclamé.

—¿Has encontrado algo? —Preguntó Esteban.

—Parece que sí. Mira.

Suspendido por una delgada cinta de cuero, de mi mano colgaba un medallón de bronce algo más grande que una moneda de oro. En uno de

sus lados mostraba una tosca imagen de Cristo flanqueado por las letras alfa y omega, mientras que en el otro una mano habilidosa había grabado unos extraños caracteres que parecían conformar una inscripción en espiral, desde el borde exterior del medallón hasta el agujero central por el que pasaba la cinta.

—Tiene todo el aspecto de ser un amuleto — sugirió Esteban mientras examinaba el medallón—. Es similar al que puede comprarse en cualquier mercado, a excepción de la inscripción. Parecen caracteres armenios, ¿verdad?

Asentí. Son muchos los armenios que sirven bajo los estandartes romanos, aunque son también bastantes los que guerrear del lado de los musulmanes. Algunos de ellos han llegado a ocupar importantes puestos en el Imperio y formado poderosos linajes.

—¿De quién será? —se preguntó Nicodemo—
¿Del copista, o de alguno de los asesinos?

—Tal vez la respuesta esté en la inscripción — señaló Esteban—. ¿Dónde está Zenón?

—Creo que registrando el triclinio —respondí.

—Pues vamos allá. Zenón, como armenio culto que era, sabía leer y escribir tanto en griego como en su lengua materna. Esteban le explicó que necesitaban su ayuda para traducir la inscripción del medallón. Su ayudante lo cogió y lo miró de cerca.

—Es un amuleto, desde luego. He visto muchos como éste entre mis paisanos enrolados en el ejército —explicó, mientras examinaba la inscripción, haciendo girar el medallón—. Parece que aquí pone... Sí...

«Cristo Salvador, protege a tu fiel soldado Bagrat».

Esteban se giró hacia nosotros. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Lo veis amigos míos? La paciencia y la perseverancia al final siempre se ven recompensadas. Me apuesto unas cuantas jarras de buen vino a que el tal Bagrat perdió el medallón mientras forcejeaba con Nicetas, o se le cayó accidentalmente. El caso es que no se percató de ello, o bien sí lo hizo, pero no pudo

encontrarlo. Pero, fuese como fuese, lo importante es que ya tenemos identificado a uno de los asaltantes. Ahora tan sólo resta encontrarle, detenerle y hacerle hablar.

A veces me sorprendía el optimismo de Esteban. Encontrarle, detenerle y hacerle hablar. Ahí es nada.



ε

Martes, 26 de abril

PUDE POR FIN REGRESAR a mi casa, en el Estrategion, cerca la hora novena. Había pasado toda la noche y la mayor parte de la mañana colaborando con Esteban en sus pesquisas, pero la excitación de los primeros momentos se había tornado en un creciente cansancio y aturdimiento, muestra evidente de que mi recuperación aún distaba de ser plena. Prueba de ello era que mi pierna derecha empezaba a dolerme otra vez. Era un dolor punzante, que la recorría de arriba abajo y que se acentuaba al apoyarla en el suelo, como si la herida hubiese estado en la planta del pie y no en el muslo.

Dolor, cansancio, sudor. Sí, hacía mucho calor, demasiado para aquella época del año. Para colmo, el día se estaba empezando a tornar húmedo y agobiante, conforme las oscuras nubes que empezaban a levantarse sobre la ciudad crecían más y más. Yo sudaba, los viandantes sudaban, mi caballo sudaba; hasta las viejas estatuas que se alinean bajo los pórticos de los foros sudaban. Constantinopla era ese día una inmensa sauna, así que en cuanto llegué a

casa me fui directo a los baños, me quité las botas y arrojé el manto, la túnica y los calzones al suelo y me metí en la pila del agua fría. Me sentí renacer. Al cabo de poco la pierna dejó de dolerme, mi cabeza se despejó y los crecientes rugidos de mi estómago me recordaron que no había ingerido nada desde la pasada noche.

Poder darte un baño en tu propia casa es un gozoso privilegio del que no todo el mundo puede disfrutar en Constantinopla. Sólo las casas más o menos pudientes pueden permitirse el lujo de disponer de unos baños decentes, pues una buena instalación que cuente con todo lo necesario no es lo que se dice barata. Así que la mayoría de la población tiene que arreglárselas con unos pocos baños públicos, cuyas condiciones higiénicas suelen dejar bastante que desear. Claro que eso es sólo importante en el caso de que la gente se decida a darse un chapuzón, pues, a pesar de que los médicos consideren aconsejables uno o dos baños por semana, el hedor que desprenden la mayoría de los constantinopolitanos prueba que son pocos

los que siguen esta sana recomendación. En realidad, para la mayoría, el único aliciente de los baños está en los servicios que, a cambio de unas pocas monedas, pueden ofrecerles las numerosas prostitutas que trabajan en ellos o en sus alrededores.

Como es de suponer, esta escandalosa situación de la salubridad pública no deja de merecer los reproches eclesiásticos, aunque de momento con escaso éxito. Así que no es de extrañar que haya algunos monjes y sacerdotes exaltados que proclamen a grito pelado que los baños son las moradas del Diablo y que deberían ser clausurados. Esos fanáticos debieron sentirse felices cuando las antiguas termas de Zeuxipo fueron transformadas en unos grandes talleres de seda, y sin duda aplauden que donde antaño había estatuas de mármol y bañistas, hoy haya telares y gusanos. Claro que otras han acabado peor, convertidas en curtidurías o, simplemente, demolidas.

Tal vez fuera el deseo de evitarle a su esposo tentaciones inútiles lo que movió a Teodora, mi

piadosa abuela, a insistir tanto en que su nueva casa estuviera dotada de unos baños sencillos pero completos. Hijo de un próspero mercader de pieles de la capital, mi abuelo Miguel había logrado labrarse una brillante carrera administrativa en la corte del emperador León, que culminó con su nombramiento como secretario personal del Logoteta del Tesoro. Hombre honrado pero algo vanidoso, Miguel decidió celebrar su buena fortuna haciendo construirse una residencia acorde con su nueva posición, empeño en el que empleó una parte considerable de su fortuna. El resultado fue una hermosa casa de dos plantas, con sólidas paredes de ladrillo, argamasa y piedra policromada, cuyos balcones voladizos dan sobre una calle porticada, a no mucha distancia del Foro de Constantino.

Especial atención prestó mi abuelo al triclinio, la estancia principal de cualquier casa romana en torno a la que se disponen las demás. Deseoso de impresionar a todos, decoró el suelo del salón con bellas losas de mármol jaspeado que

dibujaban curiosos caprichos multicolores. Sobre este pavimento, una gran mesa circular de madera de roble —incluida en la dote de matrimonio de mi abuela— y varios divanes y sillones completaban un precioso conjunto que suscitaba la envidia de amigos y parientes.

El amplio jardín de la parte trasera de la casa también fue cosa de mi abuela Teodora y años más tarde objeto de los atentos cuidados de mi madre y de mi hermana. Pero mis abuelos siempre se mostraron orgullosos de sus baños. Supongo que en ellos pasarían unos más que agradables momentos de intimidad, tal y como yo los pasé en mi juventud con alguna que otra joven y agraciada sirvienta.

Mientras disfrutaba del frescor del agua, aproveché para rememorar los acontecimientos vividos durante las últimas horas y también para poner algo de orden en mi cabeza con respecto al asunto del asesinato de Nicetas. Aún había muchos puntos que aclarar, aunque eso era ya misión de Esteban. Después de descubrir el medallón y de completar el registro de la casa,

nuestro amigo el juez había redactado un informe en el que daba cuenta de las pesquisas efectuadas hasta ese momento, e incorporaba las declaraciones juradas de Patras, Zenón, Nicodemo y la mía propia. Dicho documento serviría de base al proceso judicial sumarísimo que se abriría en caso de lograr detener a los culpables. Luego hizo llamar a un sacerdote de la cercana iglesia de Santa María para que, tras ponerle en antecedentes de lo ocurrido, se encargara de los cuerpos y las almas de los fallecidos. También ordenó a los guardias que trasladaran a su oficina el cofre con el dinero y las joyas, así como la diversa documentación hallada durante el registro, donde permanecerían bajo custodia hasta que la investigación concluyese. Después todo sería entregado a la familia de Nicetas o bien, en ausencia de ésta, a los oficiales del eparca, quien decidiría en última instancia sobre su destino. Por último, los guardias clavaron en la puerta principal de la casa de Nicetas un pergamino oficial, con los sellos de Esteban y del prefecto, que informaba

del precinto de la casa hasta nueva orden y advertía de los severos castigos a los que se exponía quien osase violarlo.

Todos los esfuerzos de Esteban iban a centrarse, como era lógico, en la localización del dueño del medallón, el armenio Bagrat. Ya se había dado aviso a los jefes de policía de los demás distritos para que sus hombres estuviesen ojo avizor al respecto. Esteban también procuraría saber más sobre las actividades de Nicetas, para lo que esa misma tarde trataría de entrevistarse con Hierófilo, el jefe del taller de copistas del Palacio Imperial. Tras hacerle prometer que me mantendría al tanto de los avances en su investigación, me despedí de él y de Nicodemo y regresé a casa.

Al cabo de un rato de estar en remojo los rugidos de mi estómago se convirtieron en aullidos, así que salí de la bañera, me sequé, me puse una fresca túnica de lino y, tras unas rápidas oraciones, ordené que me sirvieran la comida. Un barbo frito envuelto en harina de mostaza, unas patas de cerdo asadas bañadas en

una deliciosa salsa de vino y miel, un par de manzanas cocidas, algo de pan y una buena jarra de vino pusieron calma en mi barriga.

Un largo y profundo bostezo me indicó que debía hacer a continuación, así que me dejé caer sobre uno de los divanes del triclinio con la sana intención de echar una cabezadita. A punto estaba de entregarme a un sueño reparador cuando Tarasio, el criado más antiguo de la casa y en quien tenía depositada toda mi confianza, entró en la sala para anunciarme una visita.

—Disculpa, mi señor, pero tu hermano Pedro ha venido a verte.

Tarasio se apartó para dejar paso a mi hermano mayor que, como siempre, se había presentado sin avisar. De mala gana me levanté del diván y le saludé.

—Sé bienvenido hermano. ¡Vaya! ¿Dónde vas tan elegante?

Contra lo que solía ser su costumbre, Pedro no vestía el uniforme galoneado en oro ni la capa roja que lo identificaban como alto oficial de los Tagmata. En su lugar, llevaba una hermosa

túnica de seda esmeralda bellamente decorada, que le llegaba justo hasta por debajo de las rodillas, y, bajo ésta, unos calzones a juego. Un grueso manto azulado con rebordes festoneados completaba el elegante conjunto.

—¡Bah! —Pedro hizo un mohín— A una de esas aburridas fiestas nocturnas de la nobleza, acompañando a mi muy respetado Miguel, espartario imperial y comandante de los Vigla. ¡Servidumbres de la milicia! Créeme si te digo que muchas veces añoro los tiempos en los que era un simple conde de un destacamento provincial de los Tagmata. ¡Sí, no me mires con esa cara! Bien es cierto que te pagan mucho menos, pero a cambio tienes toda la acción que puedas desear y te libras de tener que asistir a tanta fiesta y tanta ceremonia imperial. En fin, ya que Dios me pide este nuevo sacrificio, he considerado oportuno venir antes a disfrutar de uno de tus magníficos vinos. Bien, ¿y tú, hermanito? ¿Cómo estás? ¿Qué tal va esa pierna? Desde siempre, Pedro tenía la costumbre de llamarme hermanito, lo que no dejaba de ser una

molesta manía suya. En realidad sólo tenía cinco años más que yo, pero su mayor estatura y complexión y su temprana calvicie —que no estaba reñida con una espesa barba en la que ya empezaban a asomar las primeras manchas blancas— le hacían parecer bastante más viejo.

—Bastante mejor, gracias —contesté—.

Todavía cojeo y la herida me molesta un poco de vez en cuando, pero es sólo cuestión de tiempo. La semana próxima vuelvo al servicio, aunque seguro que los médicos del regimiento no me dejarán hacer aún todo lo que yo quisiera.

—Me alegro Manuel. Fue una herida muy seria.

—¡Qué me vas a decir! Dejemos tranquila mi pierna. Siéntate. ¿Cómo están tu esposa y mis sobrinos?

Pedro estaba casado desde hacía muchos años con Epifania, la hija menor de Cosmas Caystros, un viejo compañero de armas de nuestro padre, Simeón Kolastés. Aquel matrimonio había sido, como casi todos, acordado entre las dos familias cuando los dos interesados eran aún unos críos y llevado a efecto en su adolescencia. Por fortuna,

los dos jóvenes congeniaron enseguida y se convirtieron en un matrimonio feliz y dichoso.

—Todos están bien y te envían sus saludos. Por cierto, Epifania quiere que vengas a casa a cenar uno de estos días. Creo que quiere hablarte de cierta jovencita de buena familia que está deseando ser rescatada de su virginidad por un apuesto y heroico soldado como tú.

Me reí de buena gana. Hacía ya trece años que mi querida esposa María había muerto al tratar de traer al mundo al que debía ser nuestro primer hijo, que tampoco sobrevivió. El golpe fue tan grande y el sufrimiento tan intenso que decidí no volver a casarme y centrarme en mi carrera militar, buscando en la guerra un consuelo que se me negaba. Pero, con el paso del tiempo, el dolor se fue mitigando hasta quedar convertido en un triste y melancólico recuerdo. El amor, aunque de forma esporádica, volvió a mi vida y la idea de un nuevo matrimonio empezó a no parecerme tan inconcebible. Además, parecía que existía una confabulación entre las mujeres de mi familia y

las esposas de mis amigos para no dejar pasar la más mínima oportunidad de presentarme una candidata. Y estaba convencido de que mi madre, a pesar de haberse recluso voluntariamente en un convento de Bitinia tras la muerte de mi padre, participaba de la conspiración. Al menos eso es lo que daban a entender sus cartas.

En aquel momento Tarasio entró en el triclinio portando una bandeja en la que traía una jarra de vino y un par de copas que puso sobre una mesilla. Mientras servía el vino, Pedro le miró y sonrió.

—¡Ah, mi querido Tarasio! ¡Tú eres la columna que sostiene la casa de nuestros padres! Dime, ¿cómo te trata mi hermano? Las arrugadas mejillas del criado enrojecieron un poco, pero, como siempre, Tarasio supo dar con la contestación más adecuada y discreta. —Mi señor, no podría desear mejor amo que tu hermano... a excepción de ti, claro está. Pedro aplaudió la respuesta del criado, que se retiró tan sigiloso como había llegado. —Veo que la

cabeza del viejo lombardo sigue tan despierta como siempre. ¡Tarasio hubiera sido un excelente cortesano! En aquel momento, un tremendo trueno retumbó sobre nuestras cabezas. Aún no se había apagado su eco cuando empezó a llover. —Parece que vamos a tener una tarde pasada por agua —observó Pedro con fastidio.

Dejé la copa sobre la mesilla y me acerqué a una de las ventanas que daban al jardín; la abrí y comprobé que no llovía, sino que diluviaba. El cielo estaba cubierto por negras y amenazantes nubes que habían oscurecido la tarde, convirtiéndola casi en noche. Un enorme relámpago saltó de una nube a otra y los cielos tronaron. El aguacero arreció y un fuerte viento, que enseguida se tornó vendaval, lanzó el agua contra mi cara, obligándome a cerrar la ventana.

—Tienes razón hermano; está cayendo mucha agua —comenté—. No creo que eso sea bueno para tu elegante y caballeresca vestimenta. Y menos aún para esos delicados zapatitos que llevas puestos.

Pedro estiró las piernas y contempló durante unos instantes los puntiagudos borceguíes que calzaba.

—Deberías tener más respeto hacia un superior —refunfuñó, tras apurar su copa—. ¿Cómo osa un simple conde criticar la forma de vestir de todo un topoteretés? ¿Dónde vamos a llegar?

—No critico tu vestimenta sino tu calzado —repliqué—. Tendré que dejarte unas botas.

—Gracias hermanito; no me vendrán mal, aunque espero que no vaya a estar lloviendo hasta la noche. Las botas de los militares no son demasiado bien vistas en ese tipo de reuniones. Por cierto, ¿qué hora es?

Sin esperar respuesta, Pedro se levantó y se acercó hasta el reloj de agua que contemplaba el lento transcurrir del tiempo desde un rincón de la sala. Además de un instrumento práctico, aquella clepsidra era una bella obra de arte salida de las manos de algún hábil artesano de la capital. Muy notable era la base, donde un conjunto de pequeñas figurillas de bronce mostraban algunos de los trabajos de Hércules,

aunque las sencillas filigranas del depósito de agua tampoco iban en demérito del conjunto. Se la había regalado el general Juan Curcuas a nuestro padre cuando éste se retiró del servicio de armas, después de servir muchos años a sus órdenes como jefe de su escolta personal. Eso fue antes de que los hijos del coemperador Romano Lecapeno hicieran caer en desgracia a Curcuas, por entonces el militar más prestigioso de la Rumania, a su regreso de una triunfal campaña en Armenia y Mesopotamia, coronada con la capitulación de Edesa y la recuperación del Mandilión, la sagrada reliquia con la imagen de Cristo. Ni que decir tiene que la noticia de la caída de su antiguo jefe le supuso a nuestro padre un tremendo disgusto.

—La hora décima llega a su fin —anunció, tras echar un vistazo al reloj—. Bien, no hay prisa. Aún podemos apurar otra jarra de vino, ¿verdad hermanito?

Asentí y llamé a Tarasio para que trajese más vino y algo de comer. El queso de Valaquia aderezado con miel estaba delicioso y sirvió para

amortiguar los posibles efectos negativos del vino en nuestros estómagos. Dimos buena cuenta de él mientras conversábamos sobre temas diversos, desde la marcha de las campañas en la frontera del Éufrates a los últimos rumores sobre la preparación de una nueva expedición contra Creta, ese infecto nido de piratas musulmanes que asolaban nuestros mares y nuestras costas desde hace más de una centuria. Hacía diez años del último intento de tomarla, pero la inexperiencia e incompetencia del jefe de la expedición, Constantino Gongyles, hicieron naufragar aquel gran esfuerzo militar en un mar de acero ismaelita.

—No puedo confirmarte nada —confesó Pedro, bajando la voz—, pero parece que, esta vez, iremos a por todas y no se repetirán los errores de otras ocasiones. En el alto mando se rumorea que la fuerza será mandada por el propio Nicéforo Focas, aunque tal vez la perspectiva de un éxito suyo en Creta no agrade demasiado a Bringas. Y ya sabes el peso que tiene ese jodido eunuco en Palacio.

Pedro tenía razón. José Bringas era un individuo brillante pero perverso, el perro guardián de la dinastía, dispuesto a hacer lo que fuese necesario con tal de mantener e incrementar su poder e influencia en los asuntos del Imperio. Antes había sido Logoteta del Tesoro y ahora, como Drongario de la Flota, vigilaba de cerca a los grandes generales que, como Nicéforo o su sobrino Zimiscés, podían volverse demasiado populares como consecuencia de sus triunfos. Por ello, y por su gran ascendiente sobre sus augustas majestades, era un personaje especialmente odiado por los militares.

Por otro lado, la reconquista de Creta era un objetivo ansiado por los romanos y cualquier emperador o general estaría dispuesto a cortarse un brazo con tal de tomar esa isla. Buena parte de la estrategia romana frente a los árabes pasaba por alcanzar ese logro. Si se reconquistaba Creta, nuestra flota de guerra podría volver a enseñorearse del Mediterráneo como en tiempos pasados.

—Pues la única alternativa que tiene Bringas — comenté, tras tomar un sorbo de vino—, es encabezar él mismo la expedición. Pero su experiencia militar es nula y se arriesga a acabar como Gongyles, lo que no creo le haga demasiada ilusión. Bien, espero que la Divina Providencia se apiade de nosotros esta vez y nos conceda la victoria. Y también espero que tú y yo estemos allí para participar de la gloria.

—Eso no tienes ni que dudarlo. Brindemos por ello.

Nuestra conversación derivó hacia otros terrenos hasta que Pedro me comentó que, al venir, se había tropezado con Nicodemo en la calle, cerca de la iglesia de los Santos Apóstoles.

—Como siempre, Nicodemo parecía llevar mucha prisa, ya sabes como es, siempre tan ocupado. No me atreví a entretenerle demasiado, pero sí tuvo tiempo para contarme que vuestra cena de anoche tuvo un final bastante movido. Según parece, uno de los copistas del Palacio Imperial fue asesinado en Blaquernas y vosotros anduvisteis por allí,

echándole una mano a Esteban, ¿no? Así que ahora dime, ¿qué es lo que ha pasado, Manuel? Ya sabes que me encantan estas cosas.

Puse a mi hermano en antecedentes de lo ocurrido durante la noche anterior y la mañana de aquel día. Pedro se mostró muy interesado por mi relato, que siguió con una extremada atención.

—¡Vaya, quién lo hubiera dicho! —exclamó cuando terminé de relatarle los hechos— ¡Y yo que pensaba que sólo en el ejército podían vivirse aventuras dignas de tal nombre! ¡Cuánto me hubiera gustado estar con vosotros! Espero que Esteban cumpla su palabra y te mantenga informado; ardo en deseos de saber cómo acaba esta historia. Y si puedo ayudar en algo, no dudéis en contar conmigo. ¿Otra copa, hermanito?

Casi habíamos apurado la segunda jarra de vino cuando la tromba de agua dio muestras de empezar a flaquear. Pronto la ventisca se convirtió en suave brisa y la fuerte lluvia en

ligera mollizna. Para cuando Pedro se despidió de mí, camino de su fiesta, ya no llovía.

Una vez que me quedé solo, salí al jardín. Las nubes se deshacían poco a poco mientras el sol en su ocaso bañaba el cielo de poniente con destellos carmesíes. La tormenta había refrescado el ambiente y la sensación de agobio se había evaporado junto con el intenso calor de la jornada. Un agradable olor de la tierra mojada lo inundaba todo; inspiré profundamente para llenarme de aquel fresco aroma y permanecí un buen rato allí, de pie, contemplando la caída de la noche sobre el jardín.

Al cabo de un rato volví a entrar en la casa dispuesto a cenar algo caliente y acostarme temprano.



η

Miércoles, 27 de abril. Por la tarde

PESE A QUE EN Constantinopla pueden verse cosas en extremo curiosas, que un distinguido oficial de caballería se vista con las simples ropas de uno de sus siervos no suele ser muy común. Bastaba con mirar la cara de Artemio para comprender que sólo el respeto que sentía hacia mi persona le impedía estallar en carcajadas al verme lucir con aplomo una de

sus más gastadas túnicas, por él mismo destinada a acabar en el saco del trapero. Pero el caso es que, una vez vestido, me reuní con Esteban y nos pusimos en camino.

—Bien, ¿y a dónde vamos? —pregunté.

Por toda respuesta, Esteban me tendió un pedazo de pergamino que extrajo del pequeño zurrón que colgaba de su costado. Cogí el pergamino y lo desenrollé. Escrito en minúsculas de trazo firme, una breve nota rezaba lo siguiente:

«Al noble Esteban Dafnopates, juez de la Región XIV. De Lucas Metopoustés, juez de la Región VIII.

Que Dios Todopoderoso te proteja de cualquier mal y que te guíe en el camino de la rectitud y la justicia.

Mi estimado colega, en respuesta a tu requerimiento, tengo que informarte que un armenio llamado Bagrat es dueño de una taberna en la zona occidental del puerto de Sofía. Por lo que sabemos, se trata de un antiguo soldado que se instaló aquí hace unos

años. No sabemos mucho más, excepto que se rumorea en los bajos fondos que Bagrat no es trigo limpio. Sin embargo, nunca hemos podido acusarle de nada en concreto. Espero que esta información pueda serte de utilidad. Quedo a tu disposición para lo que desees».

Perplejo, le devolví el pergamino a Esteban.

—¿Bagrat un simple tabernero? ¿Cómo es posible?

—Eso mismo me pregunté yo cuando leí el mensaje.

—¿Has confirmado la información?

—¡Por supuesto! Nada más leer la misiva de Lucas, mandé a Zenón al puerto de Sofía para que investigara con discreción. Tal y como dice la carta, en la parte occidental del puerto hay un localucho miserable atendido por un chico y por un par de furcias. Zenón, con muy buen juicio, no quiso levantar sospechas y estuvo dentro el tiempo justo para echar un vistazo mientras apuraba un cubilete de vino.

—¿Llegó a ver a Bagrat?

—No, pero ya sabes, en los muelles siempre hay borrachos ociosos dispuestos a contar todo lo que saben a cambio de unas pocas monedas, así que a Zenón no le costó mucho averiguar que el tal Bagrat es un tipo alto, fornido y tuerto del ojo izquierdo. Y con una reputación más que dudosa.

—Bien, ¿y cuál es el plan?

—Aún no lo tengo del todo trazado. Dependerá de lo que veamos allí. De momento, Zenón y un par de guardias vigilan el lugar.

—¿Y el juez Metopoustés? Nos echará una mano, ¿no?

Esteban se rió con ganas.

—¿Lucas Metopoustés? ¡Ni hablar! El pobre es un inútil y un cobarde. No sería capaz de detener a un maleante ni aunque se lo arrojaran maniatado a sus pies. Ni siquiera sé de dónde ha sacado las energías para escribir esta carta. No podemos esperar más de él. ¡Si no fuera porque su padre es íntimo amigo de Basilio el Pájaro, hace tiempo que le habrían mandado de vuelta a Capadocia!

A pesar de la hora que era y de que el calor empezaba a apretar otra vez, aún había mucha gente en las calles. El Foro de Constantino seguía repleto de comerciantes, compradores, curiosos, monjes y vagabundos. En todo el tramo de la Mesé hasta el Foro del Tauro el espectáculo era parecido; demasiada gente. Como no era cuestión de perder tiempo, decidimos atajar y meternos por las calles que serpentean a través de los barrios humildes amontonados entre la Mesé y el Mar de Mármara.

Mientras avanzábamos a paso ligero por aquellas sucias y peligrosas callejuelas, Esteban me puso al corriente de la entrevista que había mantenido el día anterior con Hierófilo, el jefe del taller imperial de copistas.

—El viejo se mostró muy afligido al conocer la muerte de su joven ayudante. Esperaba que, más pronto que tarde, sería su sucesor. Según me contó, Nicetas era un gran copista, un amanuense excepcional, dotado de una exquisita sensibilidad artística y una amplia cultura.

—Ya veo, una gran pérdida —comenté—. Supongo que estaría bien pagado.

—Por supuesto —confirmó Esteban—. Buena parte de sus ingresos procedían de las rentas que le reportaba el arrendamiento de las fincas que había heredado de sus padres, unos campesinos acomodados de Abidos. Al menos eso es lo que parece desprenderse de los documentos que encontramos en su casa, ¿recuerdas? Entre otros, había un testamento y un libro de cuentas. Estuve estudiándolos ayer, antes de ir a ver a Hierófilo. Y he descubierto que no está todo claro.

—¿No? ¿Por qué? —inquirí.

—Nicetas era un tipo minucioso —respondió Esteban—. En el libro de cuentas llevaba un exhaustivo registro de ingresos y gastos. Lo apuntaba todo: salario, comida, casa, limosnas, ropa, útiles de escritura, compra de libros, ingresos de sus tierras en Abidos... todo. Repasando el libro, me llamaron la atención ciertas entradas, anotadas siempre bajo el mismo epígrafe: «ingresos varios». Al principio creí que

se trataba de ganancias derivadas de algún trabajo extra, ya sabes; muchos de estos amanuenses copian libros en su tiempo libre para venderlos luego en el mercado, o por encargo de algún ricachón que quiere cubrir un hueco en sus estanterías. Pero la regularidad de las anotaciones —una cada cuatro meses en los últimos tres años— siempre en las mismas fechas, y la cuantía de lo recibido, casi cincuenta nomismas cada vez, me hicieron descartar esa posibilidad.

—¿Entonces?

—Interrogué a Hierófilo al respecto, pero no sabía nada del asunto, así que deberé seguir investigando. Tal vez no saque nada en claro, pero nunca se sabe.

—Así pues, tu entrevista con Hierófilo no fue muy productiva.

—No creas. El viejo pudo contarme algunas cosas bastante interesantes sobre la familia de Nicetas. Verás, sus padres, deseando que recibiera una educación de calidad, le mandaron de niño a Constantinopla, a casa de un tío

materno, León Coerina, por entonces un simple funcionario a las órdenes del jefe del servicio imperial de correos. Por cierto, ¿te suena ese nombre?

Durante unos instantes permanecí pensativo.

—Sí, me es familiar... ¡Claro! ¿No será pariente de Juan Coerina?

—Según Hierófilo, primos.

—¡Vaya! ¡Qué pequeño es el mundo!

Aquel había sido uno de los escándalos cortesanos más sonados de los últimos años. Confidente y guía espiritual de Romano, el hijo del emperador, el monje Juan Coerina había llegado a disfrutar de una privilegiada e influyente posición en la Corte. No es la primera vez que ocurre algo así y desde luego no será la última. Pero en esta ocasión el problema era que Juan parecía sentirse más atraído por el oro, la intriga y la lujuria que por sus piadosos deberes. Al final, sus excesos y su desvergüenza acabaron con la paciencia del mismísimo Constantino, que terminó por ordenar su expulsión de Palacio. Y la cosa podía haber acabado aún peor para el

monje de no haber mediado la intervención de Romano, quien sentía una morbosa fascinación por aquel individuo, lo que no era de extrañar, pues ambos parecían compartir los mismos gustos depravados y perversos. En algunos de los más oscuros burdeles de Constantinopla se contaban truculentas historias sobre las salvajes orgías palaciegas en las que aquel santo varón y su augusta majestad daban rienda suelta a sus envilecidos espíritus. En ambientes algo más refinados se rumoreaba que todo aquel asunto no había sido más que una nueva batalla en la larga guerra que libraban el parakimomeno Basilio el Pájaro y el Drongario de la Flota, José Bringas, por el control de la Corte. Al final, el jefe de los eunucos imperiales habría logrado convencer a Constantino para que se desembarazase de Coerina, que gozaba de la protección del Drongario, a su vez íntimo confidente del coemperador Romano. Y todos esperaban para ver cuál podría ser la respuesta de Bringas.